

LA INTERACCIÓN FUNDAMENTAL DE LA ECONOMÍA: EL INTERCAMBIO*

SYDNEY D'AGVILO

“Pues el comprador que desea un bien no lo compraría si no espera obtener mayor satisfacción de dicho bien que del dinero que entrega a cambio; ni el vendedor vendería si no espera obtener un beneficio del precio.”

GABRIEL BIEL (1430-1495),
citado por Murray N. Rothbard,
Historia del pensamiento económico

“Estoy tan convencido como vos de que el país que cuente con el comercio más libre será siempre el más rico y floreciente, guardando todas las proporciones.”

VOLTAIRE
*Carta al padre Pierre-Joseph-André
Roubaud, 10.07.1769*

El *intercambio* es la interacción fundamental de la economía. Es el suceso *natural* por medio del cual dos bienes económicos *intercambian* sus lugares en el espacio económico (sus propietarios) satisfaciendo el *principio interválico del máximo valor subjetivo*, que es el principio equivalente al principio de mínima energía del medio físico cuando se traslada al medio económico.

Queda claro que todo intercambio implica necesariamente un aumento del valor subjetivo de los bienes intercambiados, porque de otro modo no se habría realizado. Llamemos a los dos valores subjetivos de los bienes para el actor nº 1, A(1) y B(1), y a los dos

* Publicado en *La Teoría Interválica en Economía: El mercado libre. Tratado de Economía Interválica*, Vol. II: Teoría del Mercado, Capítulo 42, Ed. Intervalic Press, 2019.

valores subjetivos que poseen esos mismos bienes para el actor n° 2 como $A(2)$ y $B(2)$ —donde el número dentro del paréntesis significa que el valor es un función dependiente del actor 1 ó 2—, perteneciendo el bien A al actor n° 1 y el bien B al actor n° 2 antes del intercambio, y a la inversa después del mismo. De este modo tenemos que:

- para el actor n° 1, $A(1)$ es el valor subjetivo de venta
- para el actor n° 1, $B(1)$ es el valor subjetivo de compra
- para el actor n° 2, $A(2)$ es el valor subjetivo de compra
- para el actor n° 2, $B(2)$ es el valor subjetivo de venta

Se pueden dar los siguientes casos:

- Si antes del intercambio los valores subjetivos son:

$$A(2) > A(1) \text{ y } B(1) > B(2),$$

entonces el intercambio se realiza, siendo la variación de los valores subjetivos experimentados por los actores tras el intercambio la siguiente:

- para el actor n° 1: $B(2) > A(1)$
- para el actor n° 2: $A(2) > B(1)$

Luego, ambos actores *han incrementado su valor subjetivo*, o sea, han obtenido una *ganancia*. El intercambio se ha realizado.

De cualquier otro modo el intercambio no se realizaría:

- En el caso de que un actor tuviera ganancia por el intercambio y el otro actor no tuviera ni ganancia ni pérdida, el intercambio tampoco se realizaría, puesto que el segundo actor sólo obtendría de ello la molestia de tener que hacer un intercambio que no le aporta beneficio alguno, y la misma molestia de tener que ocuparse de hacer el intercambio ya sería una pérdida (salvo que considerase que hacer un *favor* al otro actor incrementase su propio valor subjetivo, en cuyo

caso obtendría una ganancia y el intercambio también se realizaría).

- Si un actor tuviera ganancia y el otro pérdida, el intercambio no se realizaría, porque para que se produzca el intercambio tienen que estar de acuerdo las dos partes.
- En los restantes casos posibles, que los dos actores tuvieran cualquier combinación entre pérdidas y un (hipotético) resultado cero, el intercambio obviamente no se realizaría.

Luego queda demostrado que *en un intercambio las dos partes salen beneficiadas, aumentando ambas su valor subjetivo*. Este es un corolario fundamental de la teoría económica que invalida las falsas proclamas propagandísticas del marxismo que aducen que en todo intercambio una parte sale beneficiada y otra perjudicada, lo que es desconocer completamente la naturaleza del intercambio y de la ciencia económica.

Si al menos una de las partes saliera perjudicada, el intercambio no se realizaría porque supondría violar el principio interválico del máximo valor subjetivo, el cual se aplica, al igual que el principio de mínima energía en física, al movimiento de *cada* cuerpo individualmente. La energía o el valor subjetivo son magnitudes no compensables entre cuerpos independientes. Si a pesar de ello la interacción se llevara a término *contra natura*, en virtud del libre desvarío, sería no un intercambio sino un *cambio unilateral o coactivo*, en el cual siempre hay necesariamente una parte que sale beneficiada —la coaccionadora— y otra que sale perjudicada —la coaccionada—, ya que de otro modo tampoco se realizaría la interacción. Por tanto, todo cambio unilateral o coactivo es *antieconómico* rigurosamente hablando.

El hecho de que en un intercambio las dos partes salgan beneficiadas, aumentando ambas su valor subjetivo, es un corolario fundamental de la teoría económica que no siempre ha sido bien comprendido por la escuela neomarxista, alias neoclásica, acostumbrada a defender los cambios coactivos donde siempre hay una parte que sale beneficiada y otra perjudicada. Evidentemente, la demostración de que existe un tipo de interacción económica —el *intercambio*— *donde las dos partes salen beneficiadas*, es algo que invalida y deslegitima al cambio coactivo de manera fulminante.

No tiene ningún sentido defender el cambio unilateral, coactivo, antieconómico, que genera insatisfacción y pobreza, cuando existe el intercambio, libre y voluntario, que genera satisfacción y riqueza. Este solo concepto destruye de raíz todo el modelo estatista de la escuela neoclásica porque todas las actuaciones realizadas por el estado son cambios coactivos, no intercambios.

Hay que resaltar que el intercambio posee una serie de virtudes únicas, realmente notables, que es oportuno comentar. Las dos partes salen beneficiadas sin que ninguna de ellas tenga que preocuparse por el interés de la otra, sino sólo por el suyo propio. Al perseguir el provecho propio, los demás salen beneficiados. Sirviendo a su propio interés, sirve simultáneamente y sin darse cuenta al interés de los demás. Esta coordinación casi mágica, fue lo que Adam Smith (1723-1790) intentó describir con su famosa metáfora de la “mano invisible”, que coordina misteriosamente las interacciones entre las personas logrando que todas ellas obtengan el mayor provecho, saliendo todo el mundo beneficiado y sin que nadie salga perjudicado (y que dicho sea de paso fue la única idea acertada que tuvo en toda su vida, como ha mostrado Murray N. Rothbard en su *Historia del pensamiento económico*). Efectivamente, cada individuo que participa en un intercambio aprende a *disciplinar su comportamiento* voluntariamente y en su propio beneficio, así como a *reasignar nuevos valores* a los recursos de los que él dispone, y a idear nuevas vías de obtener esos u otros recursos, y todo se realiza sólo gracias y en virtud del intercambio que ha realizado con ellos. Este tipo de sinergia suprema, que podemos llamar *sinergia económica del intercambio* o *sinergia económica del mercado*, sólo se da en los más elevados procesos *naturales*, en los más altos fenómenos del espíritu, en los que cuanto más se da, más se tiene y más se recibe (como sucede, por ejemplo, con el *amor* o la *armonía*).

Antes de Adam Smith hubo varios autores que advirtieron que los fines egoístas y los considerados vicios, lejos de ser perjudiciales para la sociedad, contribuían a su consolidación gracias al proceso del libre intercambio. El autor que llevó esta curiosa tesis a su máxima expresión fue Bernard Mandeville (1670-1733), quien escribió un voluminoso tratado sobre el particular, en dos partes, intitolado *La fábula de la abejas, o Los vicios privados hacen la prosperidad pública*, cuya publicación desencadenó un notable escándalo:

“Después de esto, me congratulo de haber demostrado que ni las cualidades amistosas ni los afectos simpáticos que son naturales en el hombre, ni las virtudes reales que sea capaz de adquirir por la razón y la abnegación, son los cimientos de la sociedad; sino que, por el contrario, lo que llamamos mal en este mundo, sea moral o natural, es el gran principio que hace de nosotros seres sociales, la base sólida, la vida y el sostén de todos los oficios y profesiones, sin excepción: es ahí donde hemos de buscar el verdadero origen de todas las artes y ciencias, y *en el momento en que el mal cese, la sociedad se echará a perder, si no se disuelve completamente.*” (Bernard Mandeville, *La fábula de la abejas, o Los vicios privados hacen la prosperidad pública*).

Los escritos de Mandeville, aunque por momentos mordaces y divertidos, no aportan ninguna luz a la teoría económica porque su frívolo autor no da ninguna posible explicación de este importante fenómeno, además de que parece carecer de cualquier tipo de inquietud ni preocupación ética, lo que le permite hacer juegos malabares con el equívoco serpentear de las nudas calificaciones morales. Tras la lectura de Mandeville lo que está bastante claro es que la ética y la psicología tradicionales necesitan una completa revisión.

Decir fines “egoístas” es un pleonasma porque no hay otro tipo de fines mas que los individuales, que eventualmente pueden ser compartidos con otras personas, pero la sociedad no posee fines porque no es un ser vivo sino un concepto abstracto, una generalización que puede ser de utilidad en algunos casos. En la raíz de todo este despropósito se halla la errónea creencia de que el intercambio es un proceso que beneficia a un actor y perjudica al otro, mito pertinaz que los colectivistas han elevado a la categoría de dogma. Según ellos la riqueza no se crea, sino que, de modo parecido a la energía, es una cantidad constante que sólo puede transformarse, cambiar de manos. El origen de este craso error, convertido con el paso del tiempo en mito falso, se remonta, como mínimo, a Platón (*Leyes*, XI, 918d), y más específicamente a Aristóteles, cuyos pertinaces dislates y desatinos en materia económica y social superan con mucho a sus aciertos, que en su vasta y basta obra brillan ígneamente como núbiles gemas ensartadas a boleo sobre una ruda tela de esparto:

“Este arte, como hemos dicho, tiene dos formas: una, la del comercio de compra y venta, y otra, la de la administración doméstica. Esta es necesaria y alabada; la otra, la del [inter]cambio, justamente censurada (pues no es conforme a la naturaleza, sino a expensas de otros).” (Aristóteles, *Política*, I, 10).

Esta cita, entre muchas otras, bastaría para que Aristóteles no fuera tenido por uno de los “precursores” de la Escuela Austriaca, opinión que nunca he comprendido en algunos austriacos y que sólo cabe adjudicar al desconocimiento cabal de la obra del estagirita, cuya suma de groseros desatinos es, literalmente, incontable. Para deslucida muestra, baste leer de refilón algunos de sus *Problemas* (y preferiblemente sin detenerse a pensar en tan fantásticas “palancas”):

“¿Por qué se produce la tensión y el aumento del pene? ¿Es por dos razones, porque el peso que se añade a la parte trasera de los testículos lo levanta (pues los testículos se convierten en una palanca), y porque los conductos están llenos de aire? ¿O, al aumentar el líquido y cambiar de lugar, o a partir de un fluido que se forma, el volumen aumenta? Pero los que son demasiado grandes se levantan menos porque el peso está más alejado de la palanca.” (Aristóteles, *Problemas*, VI, 23).

No deja de ser irónico que los máximos especialistas en la *destrucción* de la riqueza piensen de este modo acerca de los intercambios. Para el marxista, la *ganancia* de una persona sólo puede provenir de la *pérdida* de otra, en la misma medida. Según esto, toda la riqueza que hoy existe en el mundo no podría haberse creado y hoy en día deberíamos seguir estando en la Edad de Piedra, donde viven espiritualmente los acólitos de ese tarado demente que no trabajó en su vida llamado Karl Marx y que, sin embargo, se dedicó a escribir y profetizar sobre el trabajo. Los colectivistas no entienden que la naturaleza de la vida y del Universo es esencialmente *creativa*, y que *la riqueza se crea de la nada, al igual que el arte o la belleza*. De hecho, salvo la lógica y la matemática, todo en el Universo ha sido creado *ex nihilo*. No entienden la naturaleza lógica y epistemológica del *intercambio*, que por definición es una interacción económica que incrementa el valor subjetivo, y por ende la

riqueza, de ambas partes. Y no sólo eso, sino que todo intercambio, además de beneficiar *directamente* a cada uno de los dos actores que lo realizan, posee un maravilloso efecto de *sinergia* con el resto del mercado, en virtud del cual el aumento de la riqueza de cualquier actor beneficia *indirectamente* a todos los demás actores del mercado e incita al comportamiento armonioso de todos los actores en la búsqueda de su propio beneficio, cuyos positivos efectos a su vez pervaden todo el mercado, generando y entrando cada uno de ellos en un circuito infinito de retroalimentación virtuosa. Esta es una consecuencia elemental e inmediata de la intervalicidad de la Naturaleza, que es la forma en que funciona el Universo, y que si nos parece compleja sólo se debe al asombroso extravío intelectual en que ha sumido al conocimiento humano el artificioso e innatural paradigma (neo)clásico-cuántico. Estos fenómenos son tan importantes que podemos elevarlos al rango epistemológico de ley económica y enunciarlos como el *principio interválico de la riqueza del mercado*, que dice lo siguiente:

- En los intercambios (voluntarios) del *mercado libre*, el incremento de la riqueza de un actor implica necesariamente el aumento de la riqueza de otros actores: el beneficio de un actor implica el beneficio de otros.
- En los cambios coactivos (no voluntarios) de un *mercado intervenido*, el incremento de la riqueza de un actor implica necesariamente la disminución de la riqueza de otros actores: el beneficio de un actor implica el quebranto de otros.

Entender esto significa sepultar y enterrar al falso *altruismo* que tanto daño ha hecho, sobre el que se basan el populismo, el colectivismo y todas las ideologías contraéticas que esgrime el estatismo para soliviantar a las masas. La búsqueda del propio beneficio es un principio tan natural como la vida misma, si bien llamarlo “egoísmo” puede inducir a confusión porque este término se utiliza habitualmente como sinónimo de egocentrismo o egolatrismo, con los que no tiene nada que ver. Sin duda estamos ante otro buen ejemplo del mendaz doble-lenguaje colectivista que confunde y tergiversa sistemáticamente el significado de todos aquellos términos que son importantes para la causa de la libertad.

El falso *altruismo*, que es el único que existe donde hay política, no es sino la hipócrita y rastrera argucia de poner sobre la mesa la persecución del bienestar de otros como artero pretexto para alcanzar el propio interés sin que los espectadores se den cuenta del engaño. Pese a ello, el estatismo ha invertido su significado original y sus viles consecuencias y le ha investido de todas las virtudes de los Evangelios: nobleza, abnegación, magnanimidad, etc.

“A todo aquello que uno hace únicamente por sí mismo, el que es astuto debe saber darle la apariencia de que lo está haciendo por los demás, los cuales entonces se sienten obligados a estar bien dispuestos para todo aquello que uno persigue. No son pocos los [colectivistas] que parecen obsequiosos, serviciales, modestos, que viven sólo para los deseos de los demás, y en realidad no tienen otra cosa en la mente que su querido yo, al que, sin saberlo, los demás sirven... Un modo de comportarse que tiene su fundamento en el conocimiento de la necesidad de los demás y en una utilización de ésta que va acompañada de una burla de tal necesidad.” (E.T.A. Hoffmann, *Puntos de vista y consideraciones del gato Murr sobre la vida en sus diversos aspectos y biografía fragmentaria del maestro de capilla Johannes Kreisler en hojas de borrador casualmente incluidas*).

La supuesta búsqueda del interés ajeno ha sido y sigue siendo la causa de las mayores tragedias de la humanidad, que siempre persiguen “desinteresadamente” la salvación y la felicidad ajenas a la vez que condenan la propia tildándola de “egoísta”. Este *falso altruismo criminal* —si es que hay algún tipo de altruismo que no lo sea— ha sido el responsable ideológico del asesinato o genocidio de más de 300 millones de personas en el siglo xx perpetrado infaustamente por el altruismo socialista, y también del asesinato de miles de personas por la Santa Inquisición.

“¿Por qué los criminales no pueden ser francos en cuanto a sus intenciones? Toda esta repugnante bazofia idealista... Le hace vomitar a uno.” (Aldous Huxley, *La isla*).

Lo que ha convertido la Tierra en un infierno ha sido precisamente esta peligrosísima hipocresía psicótica consistente en intentar convencer a los demás de que uno se sacrifica preocupándose

de lo ajeno antes que de lo propio, y que no obtiene felicidad alguna en ello. Tal motivación simplemente no existe y es contraria a las leyes naturales. Lo único que existe es el vil engaño de quienes la practican para adquirir poder sobre los demás. Si uno ayuda a los demás, lo hace para sentirse bien psíquicamente y para aumentar su bienestar subjetivo, por alguno de los siguientes motivos:

- 1) porque se siente autorrealizado ayudando a los demás,
- 2) porque así obtiene el reconocimiento de la gente,
- 3) porque pensarán de él que es una persona modesta y desinteresada,
- 4) porque le gusta hacerlo,
- 5) porque piensa que así hace méritos para entrar en el cielo puesto que es una persona que valora más la vida eterna que la presente, etc.

Como dice el místico anarcocapitalista Osho, fundador de una exitosa ciudad anarcocapitalista e independiente, regida por el mercado libre, en el condado de Wasco, Oregón, antes de ser vilmente detenido y encarcelado ilegalmente durante veinte días, en cuya cautividad fue envenenado con polonio —es decir, fue asesinado— por el monstruoso gobierno de los Estados Unidos:

“Fíjate en los altruistas: siempre hacen daño, son la gente más dañina del mundo. Los reformistas y los supuestos revolucionarios son la gente más dañina que hay. [...]

Es un truco que han aprendido: para poseer a alguien hay que hacer el bien. [...]

¿Y quiénes somos nosotros para salvar la humanidad? ¿Con qué autoridad? Nunca me he considerado un salvador ni un mesías porque todo eso son películas del ego. ¿Quién soy yo para salvarlos? Si consigo salvarme a mí mismo, eso ya es más que suficiente. Pero el mundo es muy extraño. La gente se está hundiendo en la miseria y grita: “¡Salvemos a la humanidad!”.

¿De quién hay que salvarla? ¿De ti? [...]

De manera que todas las personas interesadas en salvar a la humanidad son, en primer lugar, egoístas. Se ven a sí mismos como salvadores. En segundo lugar, están enfermos e intentan olvidar su enfermedad. Y en tercer lugar, cualquier cosa que hagan por

alguien solo le ayudará a estar peor de lo que estaba, porque son enfermos y ciegos que están tratando de enseñarles el camino a los demás. Y si el capitán es un ciego, puedes estar seguro de que, antes o después, todo el grupo caerá en un pozo." (Osho, *Vivir peligrosamente en tiempos extraordinarios*).

Y es que, como reza el conocido refrán: "El camino hacia el infierno está sembrado de buenas intenciones". Expresado en forma apodíctica: *el mercado libre* (la libertad) *transforma los vicios en virtudes*, mientras que *el mercado intervenido* (la coacción) *transforma las virtudes en vicios*. Los intercambios voluntarios (el *mercado*) convierten los vicios individuales en virtudes sociales, mientras que los cambios coactivos (el *estado*) convierten las virtudes individuales en vicios sociales.

En resumen: *el mercado libre transforma los vicios en virtudes*, mientras que *el mercado intervenido —el estado— transforma las virtudes en vicios*.

Otra característica del intercambio en el mercado libre es que nadie tiene que preocuparse de los motivos ni de las razones de la otra persona para intercambiar algo con ella. No es necesario compartir sus ideas y opiniones, ni comulgar con sus intereses generales o particulares, sino sólo coincidir en los términos de un intercambio en el que las dos partes salen beneficiadas. Esta característica no es exclusiva del intercambio, sino que también la comparte el cambio unilateral. Como sabemos por la trilogía de *El padrino*, cuando un mafioso ejecuta con intimidación un cambio unilateral de dinero o de la vida contra una persona, lo hace sin que le importe lo más mínimo su situación personal, lo que queda retratado en la conocida frase de la película, que el mafioso dice a la víctima antes de efectuar el crimen: "no es nada personal".

Asimismo, la instauración de un patrón de intercambios, o sea, de un mercado, es lo que prepara el terreno para que surjan *relaciones pacíficas y de cooperación* entre las personas, relaciones que se irán haciendo cada vez más complejas y profundas, empezando por la relación comercial, que es la más superficial, siguiendo por las relaciones sociales, que son las siguientes, continuando con las relaciones de amistad y, finalmente con las relaciones amorosas y espirituales. De modo que el intercambio y el mercado libre no son

el resultado de una civilización, sino su origen y lo que la sustenta. Se puede decir que el mercado es el esqueleto de la civilización. No puede haber civilización sin mercado. Una civilización avanzada posee un esqueleto sano y resistente: el mercado libre; una civilización degenerada o una incivilización tiene un esqueleto quebradizo y enfermo: el mercado intervenido.

Los intercambios entre personas son los suaves hilos con los que se va trenzando amistosa y afectuosamente el tejido de la civilización. El acto de intercambiar bienes es lo que se denomina el *comercio*, mientras que el conjunto de todos los intercambios es lo que llamamos *mercado libre*. Así pues, el comercio y el mercado libre crean, favorecen, multiplican y refuerzan los lazos sociales y amistosos que se establecen entre los miembros de la sociedad. La sociedad libre es una sociedad poderosamente unida por los propios intereses individuales de cada uno de sus miembros, que confluyen en compartir unos mismos valores éticos naturales y una confianza ilimitada en la libertad de la naturaleza humana, que sólo se puede manifestar mediante el respeto a la propiedad privada, la cual garantiza que cada uno puede perseguir sus propios intereses individuales.

De ahí que la sociedad libre sea ingobernable por definición, puesto que el gobierno no es sino la forma de articular la agresión a la libertad y a la propiedad privada. Los gobernantes desean sociedades atomizadas, donde los lazos sociales y amistosos que unen a sus miembros hayan sido rotos, y los ciudadanos no tengan otro apoyo ni lazo de unión con la vida sino a través del estado. Por este motivo los políticos estatistas han desconfiado siempre del comercio, al que han puesto todo tipo de trabas y regulaciones que han lisiado su virtud y su fuerza, haciéndolo aparecer maliciosamente a los ojos del lobotomizado populacho colectivista *psicoestabilizado* como una actividad sospechosa que hay que vigilar y controlar. Una de las pocas virtudes que se le pueden reconocer al tirano genocida Napoleón Bonaparte es su cruda sinceridad, que encontramos precisamente en este tema:

“El comercio une a las personas; todo lo que las une, las asocia; el comercio es esencialmente perjudicial para la autoridad.” (Napoleón Bonaparte, *Máximas y pensamientos*, editados por Honoré de Balzac).

Hay que hacer notar que llamar 'voluntario' al intercambio es una desafortunada redundancia porque si no es voluntario no se puede llamar inter-cambio —cambio entre dos partes—. Si así fuera, el *robo*, por medio del cual un individuo amenaza o propina a otro individuo una paliza a cambio a un fajo de dinero, se consideraría un intercambio, puesto que efectivamente un primer actor ha dado a otro una paliza, y este le ha dado al primero un fajo de billetes, luego han intercambiado paliza por dinero, conato de argumentación que es claramente una falacia típica del paradigma neoclásico.

Aunque no lo parezca, la influencia de la terminología es enorme. Llamando intercambio al robo estamos justificando moralmente, de algún modo implícito y subliminal, el acto de robar. Pero esto es justamente lo que se transmite inconscientemente cuando se califica un intercambio como "voluntario", porque de ahí se deduce que existe otro tipo de intercambio "no voluntario", ya que de otro modo no sería necesario calificar al primero como de "voluntario". Al hablar así, lo que estamos haciendo sin darnos cuenta es situar un acto innatural e inmoral, el *robo*, bajo el mismo epígrafe semántico de un acto natural y ético, el *intercambio*. Por consiguiente debemos poner atención para desterrar completamente de la jerga económica el epíteto de 'voluntario' aplicado al intercambio.

Una interacción económica no voluntaria es un suceso contrario a la Naturaleza y a las leyes naturales, que viola el principio del máximo valor subjetivo porque una de las partes experimenta una ganancia del valor subjetivo a costa de la otra, que sufre una pérdida del mismo. Esta interacción *contra natura* se denomina genéricamente *cambio unilateral* o *coactivo*, y más específicamente *robo*. Cuando el robo ocasiona una disminución poco apreciable del valor subjetivo de un actor, entonces se denomina *hurto*, mientras que si ocasiona una notable disminución del valor subjetivo de un actor, entonces se denomina *expolio*, *latrocinio*, *depredación* o *saqueo*. Es importante no confundir voluntaria o involuntariamente estas denominaciones con otras espurias cuya finalidad es la de ocultar el hecho real y hasta cambiar su significado, como por ejemplo la que utiliza la delirante escuela neoclásica, que sustituye arteralmente el término robo por el de "aportación" o "contribución", con los cuales se intenta tergiversar el hecho real.

Asimismo, hay que empezar a utilizar el término ‘económico’ con propiedad. Del mismo modo que llamamos suceso ‘físico’ a aquel que sigue las leyes naturales de la física, llamamos ‘económico’ a un suceso que sigue las leyes naturales de la economía. En el caso del *robo*, tenemos que no puede ser un “intercambio económico” en modo alguno: primero, porque no es un intercambio sino un cambio unilateral o coactivo; y segundo, porque no verifica las leyes naturales de la economía, por lo que no es económico sino *antieconómico*. Luego el acto de libre desvarío que hemos designado como *robo* es un *cambio unilateral y antieconómico*.

Siento tener que rebajar el nivel del discurso a definir lo que debería ser evidente, pero la negación de la evidencia perpetrada vilmente por la escuela neoclásica aconsejan y casi obligan a tener que proceder de este modo, definiendo paso a paso hasta los conceptos más simples, puesto que su significado ha sido gravemente adulterado por el insidioso doble-lenguaje neoclásico.

Una sociedad basada en el cambio unilateral o coactivo, donde el robo o el expolio son practicados de forma recurrente y sistemática, divide al conjunto de las personas en dos clases o castas: la de los *individuos productivos* (el mercado) que son saqueados vitaliciamente —los esclavos—, y la de los *individuos improductivos* (el estado) que saquean a perpetuidad a los anteriores —los amos—. Los primeros son individuos coaccionados y explotados, mientras que los segundos son quienes se dedican a su coacción y explotación. La sociedad basada en la coacción y explotación de una parte de los ciudadanos sobre la otra, se denomina *sociedad esclavista*, mientras que una sociedad basada en el intercambio, y donde por consiguiente no hay castas, se llama *sociedad libre*.

Es obvio que los cambios coactivos no pueden suceder por causas *naturales*, sino que debe haber un agente *antinatural* que los ocasiona. Hay poderosas razones epistémicas, que no podemos detenernos a explicar aquí, para suponer que tales agentes son una extraordinaria anomalía en el cosmos, y que sólo pueden aparecer en el seno de una comunidad de organismos profundamente insanos y neuróticos, quizá al borde de la extinción, dado que se trata de una situación transitoria, insostenible a largo plazo. El eufemismo con que se ha bautizado a esta actividad *contra natura* es la *política*, actividad que en modo alguno puede considerarse una

ciencia social, a menos que el desprecio de la verdad —en vez de su búsqueda— lo sea. Su agente se denomina *mafia* si no ha logrado conseguir el control exclusivo sobre un territorio, cambiando la mafia de nombre si logra alcanzar la exclusividad, en cuyo caso se denomina a sí misma *estado*.